

LA CRUZADA DE LOS TREINTA Y TRES

SU CENTENARIO: 1825 — ABRIL 19 — 1925

El acontecimiento militar cuya primer centuria van a celebrar en este presente mes los pueblos de aquende y allende del Plata, la audaz cruzada libertadora de TREINTA Y TRES orientales a su patria dominada por cerca de 20.000 soldados brasileños, veteranos y aguerridos, es la segunda etapa decisiva de aquella lucha legendaria que se iniciara también en Buenos Aires por el año 10.

Evocar al pasado para que viva como el presente, dando la realidad de la carne y de la sangre a los personajes históricos idealizados por la leyenda, es nuestro intento. Mas para comprender la grandeza del pensamiento de esas treinta y tres almas viriles, de esos treinta y tres héroes dispuestos a cumplir el sagrado juramento de LIBERTAD o MUERTE que prestaron al flamear por vez primera la bandera tricolor en la patria oprimida, es indispensable trazar a grandes líneas los caracteres de las dos dominaciones, portuguesa y brasileña, a modo de preámbulo.

Cuadro sombrío de desolación, de atraso y de ruina, es el que nos ofrece el Uruguay al alborear el año 1825. Catorce años de continuo batallar en prosecución de su anhelada independencia sólo les mereció a los heroicos orientales la más abyecta esclavitud.

Los portugueses, usurpadores del patrimonio de los orientales, acababan de trasmitirlo como herencia al novel imperio brasileño, el cual hacía pesar orgulloso su férreo yugo sobre la humillada patria de Artigas. El publicista brasileño Pereira da Silva, al historiar estas dos sucesivas dominaciones, escribía: «La guerra de la invasión duró tres años seguidos. Las tropas brasileñas y portuguesas encontraron resistencias, combates, celadas, oposiciones de toda especie por todas partes y en todas las localidades de la Provincia. Talados quedaron los campos, destruídas las poblaciones, desiertos los establecimientos de cría de ganados, industria principal y casi única del Estado. Postra-

dos, abatidos, mutilados y vencidos, se encorvaron por fin los habitantes a Don Juan VI. Los que no quisieron someterse emigraron para Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires, pueblos vecinos, descendiendo de la misma raza, hablando la misma lengua, viviendo con las mismas costumbres y conservando las mismas tendencias de espíritu inquieto, desordenado y anárquico.»

«Consiguió Don Juan VI el reconocimiento oficial de su dominio, por parte de un congreso adrede nombrado, y de Cabildos subsiguientes. Incorporado así al Reino de Portugal y Brasil, por medio de pactos y acuerdos celebrados, pasó el Estado a formar parte del Imperio, tomando el título de Provincia Cisplatina, luego que la independencia del Brasil se verificó. No mejoró ni adelantó el Estado Oriental bajo el dominio del Brasil. La guerra con Don Juan VI casi le extinguió la población. El Imperio no consiguió rehabilitar las fuerzas, ocupándolo y gobernándolo más militar que civilmente. Poblado por la misma raza, continuaba la población hostil en sus sentimientos al Brasil, aunque más o menos tranquila en apariencia. Todavía en la ciudad de Montevideo se trabaron relaciones entre orientales y brasileños; pero en las villas y aldeas y en el campo, huían del contacto de sus conquistadores.»

Otro escritor brasileño, Fernando Luis Osorio, afirmaba a su vez que aquella ocupación no podía ser duradera, porque a pesar de las seducciones empleadas por Lecor, en el seno de las familias nunca se dejaba de hablar en contra de la dominación brasileña; agregando que se hallaban profundamente equivocados los imperialistas, si, afeerrados a la antigua política portuguesa, creían poder darle al Brasil como límite sur el estuario del Plata.

Es que el más profundo rencor hervía en todos los pechos por el recuerdo de la conducta de los usurpadores, que se entregaron a todo género de criminales excesos al amparo de una tolerancia de parte de sus jefes, tan irritante como injustificada: cuadrillas de malhechores portugueses o brasileños merodeaban por la frontera arrebatando haciendas, que conducían subrepticamente al Brasil, aminorando la riqueza pública, arruinando la industria ganadera, disminuyendo el comercio y atentando al bienestar de los habitantes, que además se veían abrumados por exacciones de todo género. Esto explica la enorme disminución que sufrió la población, ya de suyo bastante reducida desde la caída del poder español en el Río de la Plata. El régimen gubernamental planteado por los portugueses y continuado por los brasileños ahondó el justo encono de los orientales, que

no podían habituarse a ser mandados con despotismo militar, dadas sus tradicionales costumbres, desarrolladas a la sombra de las Audiencias, los Consulados y los Cabildos, corporaciones vinculadas a los más gloriosos recuerdos de las épocas pasadas (1).

Tal era la triste situación del Uruguay al terminar el primer cuarto del siglo XIX, situación empero que no podía durar, porque un pueblo que lucha con tanto heroísmo en defensa de sus hogares, es digno de ser libre, y no puede soportar largo tiempo el yugo del extranjero.

LOS PREPARATIVOS

Ante el espíritu de venganza que animaban los actos del jefe de las fuerzas de ocupación—general Carlos Federico Lecor—muchos de los patriotas más resueltos, de mayor representación política y social, tuvieron que abandonar el suelo patrio, huir a la República Argentina para no ser el blanco de las iras del orgulloso vencedor.

Lejos del hogar querido, angustiados por la humillación en que se encontraba su cara patria, aquellas grandes almas, do no cabía el desaliento, en vez de dejarse dominar por el dolor, concibieron el audaz proyecto de volver al patrio suelo y libertarlo del yugo que lo envilecía.

«Unos cuantos de ellos, escribe el historiador oriental Isidoro De María, celebraban la victoria de Ayacucho en el saladero de don Pascual Costa, en Barracas, del cual era Lavalleja encargado o mayordomo. En esa reunión de amigos, expresó Lavalleja (Juan Antonio) con palabras entusiastas, el deseo de emprender la libertad de la Patria del poder del extranjero si tuviese quién lo ayudase a hacerlo. Todos a la vez le respondieron animosos acompañarlo sin reserva. Estaban presentes don Manuel Oribe, don Manuel Lavalleja, don Simón del Pino, don Manuel Meléndez, don Pedro Trápani y don Luis Ceferino de la Torre. Convenidos desde ese momento empezaron sin demora sus trabajos los siete iniciadores del proyecto.

Para evitar sospechas, acordaron reunirse nuevamente en la casa de negocio de don Antonio Villanueva (argentino) de que era socio don Luis C. de la Torre, invitando a ella a algunos otros amigos de confianza. Lo efectuaron a principios de febrero, concurriendo a la reunión los iniciadores y don Pablo Zufriategui, don Atanasio Sierra, don Manuel Freire y don Basilio Araujo. Allí contrajeron el so-

(1) ORESTE ARAUJO: *Gobernantes del Uruguay*, t. I, pág. 9-10.

lemne compromiso de iniciar la redención de la Patria, obligándose bajo juramento a emprender la cruzada libertadora, a costa de su vida y su fortuna. Labraron un acta de ese compromiso patriótico, por la cual aceptaban formalmente el de abordar la libertad de la Patria o *morir en la demanda*, nombrando por jefe de la empresa al teniente coronel don Juan Antonio Lavalleja» (1).

Decidida la invasión, el señor de la Torre quedó encargado de allegar recursos en Buenos Aires, mientras se trasladaban al Uruguay don Manuel Lavalleja, don Atanasio Sierra y don Manuel Freire, comisionados para explorar sigilosamente la opinión pública, conquistar voluntades y obtener los medios de realizar tan laudable propósito.

Los enviados orientales desempeñaron su cometido con verdadero celo patriótico, cruzando la campaña uruguaya, disfrazados de peones, y poniéndose en comunicación con aquellos ciudadanos que podían ayudar eficazmente la empresa proyectada.

Después de comprometer a muchos vecinos de la campaña en favor de la cruzada, volvieron a Buenos Aires por la Agraciada, donde habían desembarcado. Pero antes de dejar las costas uruguayas, entendiéronse allí con don Tomás Gómez, para que en fecha determinada, esperara a los expedicionarios con una tropa de caballos, elemento de movilidad indispensable para el buen éxito de los primeros pasos (2).

Hasta la señora Josefa Oribe de Contusi acogió la idea con tanto entusiasmo, que consiguió del batallón de pernambucanos de guarnición en Montevideo, la promesa formal de que llegado el momento se plegaría al movimiento emancipador. Veamos cómo don Luis Revuelta narra este interesante episodio, que si desgraciadamente fué de consecuencias negativas, demuestra hasta dónde es capaz de llegar el patriotismo y la abnegación de la mujer.

«La señora Oribe de Contusi—dice el prenombrado publicista—prometió en esa solemne ocasión ayudar a la empresa con el espíritu republicano de uno de los batallones que formaban la guarnición de la capital. Era éste el de pernambucanos, con cuyos sargentos tenían estrechas relaciones sirvientas de la casa de la referida señora.

Arriesgada empresa que reclamaba el valor del heroísmo y que la señora Oribe de Contusi llevó a cabo felizmente; fracasando en los

(1) *Compendio de la Historia de la República*, t. V.

(2) H. D. *Ensayo de Historia Patria*, pág. 452.

resultados que se prometían de ella, por el entusiasmo que esa señora había sabido engendrar en el alma de los conjurados.

Los sargentos del batallón pernambucano, respondiendo a la idea de una sublevación en favor de la causa redentora, entregaron un acta de compromiso a la señora de Contusi y pidieron, con la consigna a que debían obedecer, la presencia en el momento dado, de un jefe que los dirigiese.

Esa acta fué remitida por la referida señora a Buenos Aires, días antes de la pasada de los Treinta y Tres.

La heroína de ese acto, pedía a los patriotas algunos recursos pecuniarios, que le fueron inmediatamente remitidos, así como tres cajones de municiones sacadas clandestinamente del parque de Buenos Aires, siendo don Luis Ceferino de la Torre el que proporcionó el dinero y los pertrechos, y el patriota capitán del parque Pepa, don Jerónimo Sciurano (a) Chentopé, el conductor de ellos a manos de la señora de Contusi.

En los primeros momentos de asegurado el plan, el general Lavalleja designó para ponerse al frente de los confabulados al coronel don Pablo Zufriategui, que debía trasladarse de incógnito a esta ciudad; pero en víspera de partir éste a llenar su cometido, se resolvió aplazar la sublevación preparada hasta que las fuerzas del movimiento libertador se hallasen sobre la capital, para poderla apoyar.

Avisados los sargentos de esta resolución, mantuvieron sigilosamente el plan; pero el 7 de mayo, diez y ocho días después de la invasión, en momentos de coronar la cumbre del Cerrito de la Victoria los patriotas, y de provocar con este motivo una salida de la plaza, algunas imprudencias cometidas por los sargentos confabulados, engendraron sospechas y determinaron medidas que hicieron abortar el plan, siendo presos algunos de los comprometidos, e ingresando en las filas de los patriotas otros que pudieron escapar a la persecución que se les hizo» (1).

ACTITUD DE LOS ARGENTINOS

Comprendiendo Lavalleja que con sólo sus esfuerzos les sería imposible el expulsar a los brasileños, empezó a trabajar a fin de comprometer al Gobierno de Buenos Aires en la lucha que pensaba iniciar. «El mejor medio de comprometerlo—dice don Pedro Salgado—

(1) *La Gloriosa Cruzada de los Treinta y Tres patriotas orientales*, 19 de abril de 1825. Montevideo, 1888.

fué sin duda el que adoptaron al hacer correr las voces de que los deseos de la Provincia Oriental eran favorables a su anexión a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Realizando este hecho, el gobierno de Buenos Aires no podría de ninguna manera negarse a contribuir a la expulsión de los extranjeros que ocupaban una parte de su territorio.» Y poco después dice: «En aquella ciudad la prensa y la opinión pública ayudaron mucho a los uruguayos en sus trabajos a favor de la guerra, pero el gobierno estaba convencido de que nuestros compatriotas no querían sinceramente la anexión» (1). «El sentimiento de los orientales, escribe otro historiador, era igualmente hostil a la unidad argentina y a la anexión brasileña. Lavalleja estaba imbuido del mismo sentimiento.»

El doctor don Vicente Fidel López dice con referencia al señor García, que formaba parte del Ministerio de Las Heras: «Su opinión era que todo cuanto había tenido lugar en la Banda Oriental desde 1811, probaba a quien quisiera tomarse el trabajo de verlo, que ese territorio no podía ni debía ser jamás parte integrante o provincia de la República Argentina; y que si los orientales necesitaban reconquistar la independencia que habían perdido, esa era una empresa que a ellos solos les atañía, sin que nosotros debiéramos entrometernos directamente, a costa de los inmensos sacrificios que debía costarnos una empresa como esa, acometida por instintos líricos, que muy lejos de ofrecer ventajas afectivas, reabría todos los peligros y las eventualidades más difíciles de los tiempos anteriores.

Para él, el verdadero sentimiento popular de los orientales era tan hostil y dañino contra los argentinos, como lo era contra los brasileños; y creía que ese sentimiento de aversión era el que explicaba el poder y la popularidad de que había gozado Artigas. No se hacía, pues, ilusiones respecto de los resultados y ventajas que había de darnos una guerra contra el Brasil, emprendida con el único fin de proteger a los patriotas orientales; porque aun suponiendo que el Brasil cediera vencido, tanto tardaría la Banda Oriental en quedar anexa a las provincias argentinas, cuanto tardarían en insurreccionarse en masa capitaneada por los discípulos y tenientes de Artigas, los Lavallejas, los Riveras y los demás caudillos de la misma escuela (que los había a montones), envolviéndonos otra vez, como de 1811 a 1820, en una guerra desastrosa y tenaz» (2).

(1) El 25 de agosto de 1825; *El Siglo* del 25 de agosto de 1903.

(2) *Historia de la República Argentina*, t. IX, cap. VI, págs. 264 y 265.

Lo anteriormente transcrito explica la negativa del gobierno de Las Heras a participar de la actitud de la prensa, del pueblo y de los emigrados orientales.

«Cuando se supo en Buenos Aires la victoria sobre los españoles en Ayacucho (diciembre 9 de 1824), la agitación llegó a su colmo; y ya no se pensó sino en favorecer del modo más eficaz los planes de los emigrados orientales. El general Juan Antonio Lavalleja, que era el centro de estos trabajos, y quien debía darles cima, declaró por fin en la reunión de amigos de Anchorena, que obtuviese o no recursos del gobierno de Buenos Aires, estaba resuelto a invadir la Provincia Oriental. Formaba parte de la tal reunión el coronel Juan Manuel Rosas, antiguo amigo de Lavalleja, y quien había convenido con don Juan José y Nicolás de Anchorena, y otros ricos propietarios, que adelantarían los recursos pecuniarios para ese objeto. Conformes en lo principal, Lavalleja habló de la necesidad de que un hombre de ciertas condiciones se trasladase al teatro donde los sucesos iban a desenvolverse, y pusiese en acción a los patriotas influyentes de la campaña oriental, de modo que apoyasen eficaz y oportunamente el movimiento de los emigrados. Todos los amigos se fijaron en Rosas, y éste partió a desempeñar su comisión después de aumentar con una fuerte cantidad la suscripción que iniciaron los Anchorena.

A fin de alejar toda sospecha, Rosas habló de su deseo de comprar campos en el litoral, para poblarlos en unión con sus primos los Anchorena; y como era notorio su genio emprendedor para dilatar la industria pastoril y agrícola, en la que tenía empleada su ya cuantiosa fortuna, nadie imaginó cuál era el verdadero motivo de su viaje. Al efecto, se dirigió a Santa Fe y visitó con otras personas los campos conocidos por el *Rincón Grondona*. De aquí pasó a Entre Ríos, donde visitó otros campos, y con el mismo pretexto pasó a la Banda Oriental. Aquí se puso al habla con el coronel Fructuoso Rivera, antiguo conocido de la casa Ezcurra, y para quien llevaba una carta del mismo Lavalleja. Rosas lo impuso de la opinión en Buenos Aires, y de la resolución de Lavalleja. En seguida repartió las invitaciones de éste entre los vecinos influyentes y decididos, como asimismo los recursos para que se pusiesen en acción sin pérdida de tiempo, replegándose sobre Rivera, quien debía incorporarse a la revolución con su regimiento» (1).

(1) ADOLFO SALDÍAS: *Historia de la Confederación Argentina*, t. I, cap. IX, págs. 215 y 216.

LA TRAVESIA

Practicados los trabajos precitados, reunidos los pocos elementos que pudieron conseguir—que consistían en algunas monturas, unas cuantas tercerolas, pistolas y sables, así como algunas onzas de oro destinadas a pagar los primeros gastos—; vueltos los comisionados a Buenos Aires, y conocido por los demás compañeros cuál era el estado de ánimo en Montevideo y su campaña, se trazó el plan revolucionario, que no podía ser más sencillo, aunque de dudoso éxito: invadir por el lado de la Agraciada, procurarse las caballadas ofrecidas por Gómez y dar comienzo a las operaciones; pero deseando disponer de la mayor cantidad posible de elementos, Lavalleja mandó a Entre Ríos de emisario al capitán don Basilio Araujo, para ponerse de acuerdo con don Andrés Latorre, a fin de que éste secundara el movimiento llamando la atención del enemigo hacia el Hervidero.

Además de los recursos con que se contaba, don Luis Ceferino de la Torre hizo preparar dos banderas iguales, tricolores, destinadas a los patriotas: componíase una de tres fajas horizontales, y de igual anchura, azul celeste la superior, roja la inferior y blanca la del centro, llevando esta última como lema las palabras LIBERTAD O MUERTE, destinándose una para los expedicionarios y la otra para un barco que debía ejercer el curso bajo el mando de cierto capitán Fournier (1).

Era el 1.º de abril, a media noche. A las órdenes del mayor don Manuel Oribe embarcáronse en un lanchón los ocho primeros expedicionarios en la costa de San Isidro.

Con el fin de evitar los buques brasileños que surcaban el Plata, internáronse en un brazo del Paraná, yendo a desembarcar en la isla denominada de Brazo Largo, donde permanecieron quince días esperando que se les incorporase el segundo lanchón conductor de los demás expedicionarios que completaban el número de treinta y tres.

Estos últimos a las órdenes de don Juan Antonio Lavalleja se habían embarcado también de noche, pero con tan mala suerte que estuvieron todo ese tiempo a merced de las olas que encrespaba un furioso temporal.

Con tal motivo sufrieron no pocas angustias y algunas privaciones, pues faltáronles los víveres y hubieran perecido—dice don Juan Spikermann, que era uno de los expedicionarios, en su interesante rela-

(1) ORESTE ARAUJO, *ibid*, págs. 16 y 17.

to—si el día 15 no logran incorporarse a los que estaban en la isla precitada, pues hacía dos días que no se alimentaban. Allí encontraron donde calmar su hambre, gracias a que el baqueano don Andrés Cheveste, acompañado de dos hombres, había cruzado el río en una canoa, y después de haber carneado una res en la costa oriental, volvióse con la provisión al punto de partida.

Desde la isla empezaron a hacer las señales convenidas con don Tomás Gómez, que no fueron contestadas de ningún modo, a causa de que, habiendo sido descubiertos sus propósitos por la policía brasileña, Gómez había tenido que emigrar a Entre Ríos, aunque al ausentarse recomendó a los hermanos don Manuel y don Laureano Ruiz que observasen los movimientos de la costa y acudiesen en socorro de los patriotas en el caso de que éstos se les presentasen. (1)

El día 18 de abril abandonaron los bravos orientales la isla que les había servido de refugio.

Embarcados en los dos lanchones dieron comienzo a una travesía corta pero llena de peligros, pues en la punta del Arenal se hallaba fondeada la escuadra brasileña Rey Pedro, y el río estaba cruzado por lanchas de guerra imperiales que hacían sumamente difícil la navegación. Toda la noche duró la travesía. Hubo un momento en que los faroles de los buques brasileños iluminaron los lanchones de los cruzados, pero éstos pudieron deslizarse entre los buques enemigos a fuerza de remos.

«A las 11 de la noche del 19 de abril, dice Araujo, desembarcaron en la playa de la Agraciada, besando con amorosa solicitud el suelo de la patria idolatrada. Pero su sorpresa fué grande observando que estaban rodeados de la soledad más espantosa, sin otros recursos que los que consigo habían traído pero sin medios de movilidad, pues la caballada recomendada por Gómez a los hermanos Ruiz no aparecía, a causa de haber sido recogida por las autoridades imperiales.

Inmediatamente dióse cuenta al jefe de la Cruzada de lo difícil y peligroso de su situación, pero dejándose arrastrar por sus impulsos patrióticos, ordenó a los chalaneros, que se retirasen a Buenos Aires con sus lanchones, entregándoles para don Pedro Trápani una comunicación en la que le daba cuenta de su feliz llegada, y la lista nominal de los Treinta y Tres. El lema LIBERTAD O MUERTE, no era, pues,

(1) Acta labrada por iniciativa de don Domingo Ordoñana el día 19 de abril de 1863, con objeto de fijar el pasaje donde desembarcaron los Treinta y Tres.

para aquellos temerarios agitadores una frase sonora, sino un propósito inquebrantable.

Después de breves momentos de incertidumbre, el coronel Lavalleja empuñó la bandera celeste, blanca y roja, y proclamando a sus compañeros con frases del más inspirado patriotismo, que fueron contestadas con otras llenas de entereza, terminaron todos por jurar solemnemente que llevarían a cabo tan temeraria empresa. Pero la realidad exigía proceder con rapidez y previsión, de modo que ignorando el jefe de la Cruzada la causa de que el vecino don Tomás Gómez hubiera faltado a su compromiso encargó a su hermano don Manuel y al baqueano Cheveste que se encaminasen a la estancia de aquel en busca de caballos.» (1)

En tales circunstancias «estábamos, dice don Atanasio Sierra en sus poco vulgarizadas memorias, en una situación singular. A nuestra espalda el monte; a nuestro frente el caudaloso Uruguay, sobre cuyas aguas batían los remos las dos barcas que se alejaban; en la playa yacían recados, frenos, armas de diferentes formas y tamaños; aquí dos o tres tercerolas, allí un sable, acá una espada, más allá un par de pistolas. Este desorden, agregado a nuestros trajes completamente sucios, rotos en varias partes, y que naturalmente no guardaban la uniformidad militar, nos daba el aspecto de verdaderos bandidos.»

«Desde las once de la noche del 19 hasta las nueve de la mañana del 20, nuestra ansiedad fué extrema. Continuamente salíamos a la orilla del monte y aplicábamos el oído a la tierra, para ver si sentíamos el trote de los caballos que esperábamos. Lavalleja se paseaba tranquilamente al lado de un grupo de sarandíes, y habiéndosele acercado don Manuel Oribe y Zufriategui, diciéndole que eran las seis de la mañana y Gómez no llegaba con los caballos, les respondió sonriéndose: «Puede ser que Gómez no venga porque, los brasileños lo han de tener apurado; pero Cheveste volverá, y volverá con caballos. Es capaz de sacarlos de la misma caballada de Laguna».

Algunas horas después estaban de vuelta los comisionados con cincuenta y seis caballos generosamente facilitados por los hermanos Ruiz».

COMBATE DE SAN SALVADOR

Tan pronto como los Treinta y Tres dispusieron de medios de movilidad se encaminaron hacia la barra del río San Salvador, reci-

(1) ORESTE ARAUJO; *ibid.* págs. 18 y 19.

biendo en el trayecto un contingente de diez patriotas que se les incorporaron. Inmediatamente Lavalleja dispuso que se averiguara qué fuerzas se encontraban acantonadas en San Salvador, y habiendo sabido que allí se encontraba don Julián Laguna, al servicio del Brasil, con unos 70 hombres, resolvió atacarlo, si bien antes celebraron una entrevista con objeto de ver si era posible llegar a entenderse a fin de evitar la efusión de sangre entre compatriotas. Desgraciadamente Laguna no quiso plegarse a Lavalleja, conceptuando su empresa temeraria y prematura, cuya negativa trajo la separación de ambos jefes y el choque inmediato de las fuerzas contrarias (1).

«El 21 de abril, escribe don Carlos M. Maeso, los Treinta y Tres amanecieron a una legua del pueblo sin ser sentidos, pues la oficialidad de Laguna, habiendo asistido a un baile la noche anterior, estaba descansando, y cuando avanzaron hasta media legua, recién salió un oficial conocido por El Tonelero, a reconocer la fuerza que se acercaba.

Como el río estaba muy vigilado por los buques brasileños y nadie podía figurarse que un puñado de patriotas emprendiera una empresa tan colosal, las tropas de la dominación no pensaban en tal invasión y se entregaban confiadas a las diversiones, como sucedía con la oficialidad de Laguna.

El Tonelero avanzó hasta media cuadra de distancia de los Treinta y Tres para reconocer las fuerzas que se acercaban, y hubiera caído prisionero si el baqueano de Lavalleja no hubiera errado el paso de un arroyito pantanoso que se interponía entre ellos.

En cuanto distinguió la bandera tricolor flameando entre aquel grupo huyó a escape, dando noticia a Laguna de lo que ocurría.

Este y toda la tropa hubiera sido aprisionada si el arroyito que mencionamos no hubiera impedido el paso para cargar inmediatamente tras El Tonelero y llegar con él a San Salvador. Hubo necesidad de bajar ese arroyo como media legua, y en ese tiempo el enemigo pudo prepararse perfectamente y salir al encuentro de los bravos orientales, formando en una altura, como a una legua del pueblo.

En esa posición, el general Lavalleja comisionó a un vecino para que solicitara de Laguna una entrevista con él en campo neutral.

Laguna accedió al pedido, y vino al encuentro de Lavalleja.

En esa entrevista, el jefe de los Treinta y Tres trató de que Laguna se plegara a la causa de la libertad de su patria, contribuyendo

(1) ORESTE ARAUJO; pág. 27.

con su brazo y su influencia al triunfo de la noble idea que lo había traído al suelo natal.

Laguna no se manifestó dispuesto a separarse de la dominación extranjera, y viendo Lavalleja que todo era inútil, se retiró, declarándole que inmediatamente iba a cargar.

Vuelto al seno de los suyos, el general libertador ordenó la carga, y los orientales que ansiaban el momento de medir sus fuerzas con los extranjeros usurpadores de su país, se lanzaron en medio del mayor entusiasmo sobre el enemigo.

El combate fué corto, los brasileros fueron completamente derrotados; uno quedó muerto en el campo de la acción, siete se pasaron a las filas de los patriotas, cayendo prisionero un oficial Valverde, y los demás huyeron, unos hacia Mercedes, otros a Soriano, etc.

La pequeña legión libertadora los persiguió hasta siete leguas del lugar del encuentro».

PROCLAMA DE LAVALLEJA

Después de tan brillante principio, continuaron los patriotas su marcha, llegando el 24 a la villa de Soriano, de la cual se apoderaron sin resistencia.

Desde esta villa hizo circular Lavalleja la siguiente proclama que traía impresa de Buenos Aires. En ella recordaba la abyección de la esclavitud y la grandeza de la libertad. Iba dirigida a orientales y argentinos, porque, dice Arreguine, de éstos y de aquellos esperaba la ayuda necesaria para vencer a sus poderosos enemigos.

¡VIVA LA PATRIA!

Argentinos-orientales! Llegó en fin el momento de redimir nuestra amada patria de la ignominiosa esclavitud con que ha gemido por tantos años, y elevarla con nuestro esfuerzo al puesto eminente que le reserva el destino entre los pueblos libres del Nuevo Mundo. El grito heroico de libertad retumba ya por nuestros dilatados campos con el estrépito belicoso de la guerra. El negro pabellón de la venganza se ha desplegado, y el exterminio de los tiranos es indudable.

Argentinos-orientales!

Aquellos compatriotas nuestros, en cuyos pechos arde inexhausto el fuego sagrado del amor patrio, y de que más de uno ha dado relevantes pruebas de su entusiasmo y su valor, no han podido mirar

con indiferencia el triste cuadro que ofrece nuestro desdichado país, bajo el yugo ominoso del déspota del Brasil. Unidos por su patriotismo, guiados por su magnanimidad han emprendido el noble designio de libertaros. Decididos a arrastrar con frente serena toda clase de peligros, se han lanzado al campo de Marte con la firme resolución de sacrificarse en aras de la patria, o conquistar su libertad, sus derechos, su tranquilidad y su gloria.

Vosotros que os habéis distinguido siempre por vuestra decisión y energía, por vuestro entusiasmo y bravura, ¿consentiréis aún en oprobio vuestro el infame yugo de un cobarde usurpador? ¿Seréis insensibles al eco dolorido de la patria, que implora vuestro auxilio? ¿Miraréis con indiferencia el rol degradante que ocupamos entre los pueblos? ¿No os conmovirá vuestra misma infeliz situación, vuestro abatimiento, vuestra deshonra?

No, compatriotas: los libres os hacen la justicia de creer que vuestro patriotismo y valor no se han extinguido y que vuestra indignación se inflama al ver la Provincia Oriental como un conjunto de seres esclavos, sin gobierno, sin nada propio más que sus deshonras y sus desgracias.

Cese ya, pues, nuestro sufrimiento. Empuñemos la espada, corramos al combate y mostremos al mundo entero que merecemos ser libres. Vengamos nuestra patria; vengamos nuestro honor y purifiquemos nuestro suelo con la sangre de traidores y tiranos. Tiemble el déspota del Brasil de nuestra justa venganza! Su cetro tiránico será convertido en polvo y nuestra cara patria verá brillar en sus sienes el laurel augusto de una gloria inmortal.

Orientales!

Las provincias hermanas sólo esperan vuestro pronunciamiento para protegeros en la heroica empresa de reconquistar vuestros derechos. La gran nación argentina, de que sois parte, tiene gran interés de que seáis libres, y el Congreso que rige sus destinos no trepidará en asegurar los vuestros. Decidíos, pues, y que el árbol de la libertad fecundizado con sangre vuelva a aclimatarse para siempre en la Provincia Oriental.

Compatriotas!

Vuestros libertadores confían en vuestra cooperación a la honrosa empresa que han principiado. Colocado por voto unánime a la cabeza de estos héroes, yo tengo el honor de protestaros en su nombre y en el mío propio, nuestras aspiraciones sólo llevan por objeto la felicidad de nuestro país, adquirirle su libertad. Constituir la Pro-

vincia bajo el sistema representativo republicano en uniformidad a las demás de la antigua unión. Estrechar con ellas los dulces vínculos que antes las ligaban. Preservarla de la horrible plaga de la anarquía y fundar el imperio de la ley. He aquí nuestros votos! Retirados a nuestros hogares después de terminar la guerra, nuestra más digna recompensa será la gratitud de nuestros conciudadanos.

Argentinos, orientales!

El mundo ha fijado sobre vosotros su atención. La guerra va a sellar nuestros destinos. Combatid, pues, y reconquistad el derecho más precioso del hombre digno de serlo.

Juan A. Lavalleja.

Campo volante, en Soriano, Abril de 1825.

LISTA AUTENTICA DE LOS TREINTA Y TRES

Varias son las listas nominales de los patriotas que desembarcaron en la playa de la Agraciada para combatir la dominación brasileña, pero la verdadera, la auténtica, es la publicada oficialmente por la Inspección General de Armas, y que a fuerza de constancia ha hecho popular el doctor don Luis Melián Lafinur. Hela aquí:

- | | | |
|-----|----------------------------------|-----------------------|
| 1. | Coronel Comandante en Jefe . . . | Don Juan A. Lavalleja |
| 2. | Mayor | » Manuel Oribe |
| 3. | id | » Pablo Zufriategui |
| 4. | id | » Simón del Pino |
| 5. | Capitán | » Manuel Lavalleja |
| 6. | id | » Manuel Freire |
| 7. | id | » Jacinto Trápani |
| 8. | id | » Gregorio Sanabria |
| 9. | Teniente | » Manuel Meléndez |
| 10. | id | » Atanasio Sierra |
| 11. | id | » Santiago Gadea |
| 12. | Alférez | » Pantaleón Artigas |
| 13. | Cadete | » Andrés Spíckermann |
| 14. | Sargento | » Juan Spíckermann |
| 15. | Cabo 1.º | » Celedonio Rojas |
| 16. | Baqueano | » Andrés Cheveste |
| 17. | Soldado | » Juan Ortiz |
| 18. | id | » Ramón Ortiz |
| 19. | id | » Avelino Miranda |
| 20. | id | » Carmelo Colmán |

- | | | |
|-----|-------------------|--|
| 21. | Soldado | Don Santiago Nievas |
| 22. | id | » Miguel Martínez |
| 23. | id | » Juan Rosas |
| 24. | id | » Tiburcio Gómez |
| 25. | id | » Ignacio Núñez |
| 26. | id | » Juan Acosta |
| 27. | id | » José Leguizamón |
| 28. | id | » Francisco Romero |
| 29. | id | » Norberto Ortiz |
| 30. | id | » Luciano Romero |
| 31. | id | » Juan Arteaga |
| 32. | id | » Dionisio Oribe, criado de
don Manuel Oribe. |
| 33. | id | » Joaquín Artigas, criado de
don Pantaleón Artigas. |

El capitán don Basilio Araujo—dice el ilustrado publicista a que acabamos de citar—no vino incorporado a los Treinta y Tres, pero sí en la misma condición; hizo el viaje por tierra, pasó el Uruguay, cumplió su misión y se incorporó en la costa a los demás expedicionarios.

Bueno es advertir también que no hubo segundo jefe de los Treinta y Tres, como muchos escritores afirman, atribuyendo semejante cargo a don Manuel Oribe. Ningún documento lo prueba, y de haber existido tal puesto, Lavalleja lo habría concedido a Zufriategui, en virtud de su mayor antigüedad en el ejército. Tan exacto es esto, que cuando más adelante hubo necesidad de un Jefe de Estado Mayor, el nombramiento recayó en la persona de este último y no del primero.

Sin embargo no faltan publicistas que hacen notar el hecho de que, a pesar del puesto que en las filas de la revolución desempeñaba Zufriategui, Oribe era el elegido por Lavalleja en los momentos de verdadero peligro, como sucedió en la batalla de Sarandí. (1).

«Sabido es, dice el doctor don Guillermo Melián Lafinur, que es el escritor a quien nos referimos, que el centro de la línea era hasta hace poco en la táctica lo más importante y el punto de más cuidado en la batalla. Aníbal ponía siempre en él sus mejores tropas, y Napoleón se preocupaba siempre de vencer el centro enemigo, porque decía que conseguido eso en seguida se arrastraba una ala, y te-

(1) ORESTE ARAUJO; págs. 25 y 26.

niendo ya la mayor parte del ejército enemigo vencido, fácilmente conseguía que se pronunciase en él la derrota completa. Pues bien: en la trascendental batalla de Sarandí, en ese combate en que los locos aventureros se convirtieron en los Treinta y Tres inmortales; en esa batalla que llamó la atención de la América y que nos trajo la alianza argentina, Lavalleja no confió el centro a Zufriategui, para quien (según el doctor Luis Melián Lafinur) guardaba los cargos de confianza y las distinciones. Lavalleja confió ese importantísimo puesto, donde se encerraban todas las esperanzas y las de su causa, a don Manuel Oribe. Oribe mandaba el centro, Zufriategui la derecha, Rivera la izquierda, y Lavalleja se puso al frente de la reserva. Por eso se ha dicho, y con razón, que fué don Manuel Oribe quien principalmente coadyuvó a la victoria en la batalla de Sarandí; sin que se desconozca por eso todo el mérito del general en jefe que mandó cargar al grito de: *¡carabina a la espalda y sable en mano!*»

Así se llevó a cabo, cien años ha la homérica Cruzada de los Treinta y Tres héroes orientales, que después de cubrir sus armas con el laurel de la victoria, dieron a sus hijos una Patria libre, grande y llena de inmortal gloria.

¡Honor y gloria, pues, a los valientes y esforzados campeones!
¡Honor y gloria a la Patria que con su sangre generosa redimieron!
¡Honor y gloria a nuestros hermanos del Plata, quienes reciban este recuento de testimonios gloriosos, hecho con el único fin de conmemorar a los héroes y su magna Cruzada Libertadora.

LUDOVICO GARCÍA DE LOYDI.
